

Naturaleza apropiada: imaginario ecológico y utopía en las urbanizaciones privadas del siglo XXI¹

GISELA HEFFES

Rice University

Resumen: Entre finales del siglo XX y comienzos del XXI surge un corpus significativo de propuestas narrativas utópicas y urbanas donde la preservación de la naturaleza forma parte de una agenda “verde” específica. Estos imaginarios utópicos consisten en apuestas utópicas para sociedades privadas, en correspondencia con las políticas económicas neoliberales que se han implementado en América Latina desde finales de los años 80. De esta forma, el presente artículo aborda la reconfiguración de estos imaginarios espaciales, y el contraste drástico que estos nuevos modelos urbanos y utópicos representan tanto en la literatura como en el cine, indagando, específicamente, el rol que ocupan la naturaleza y las preocupaciones medioambientales. Tomando como referentes literarios y cinematográficos el cuento “No Retiro da Figueira” (1984) del brasileño Moacyr Scliar, la novela *La viuda de los jueves* (2005) de la argentina Claudia Piñeiro, y la película *La zona* (2007) del mexicano Rodrigo Plá, se analizará cómo una retórica urbana y medioambiental puede ser apropiada por una discursividad mercantilista, contrastando, a su vez, con la representación de las ciudades abiertas e irrestrictas que conviven con aquellas, y en las que distopía y ecicidio conforman dos de sus rasgos más distintivos.

Palabras claves: ciudades - ecología - América Latina - sostenibilidad - utopía

Abstract: By the end of the XXth century and the beginning of the XXIst it has emerged a significant corpus of urban utopian narrative proposals where

¹ Una versión más amplia de este análisis puede encontrarse en el tercer capítulo de mi libro *Políticas de la destrucción / Poéticas de la conservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2013).

the preservation of nature is part of a specific “green” agenda. These utopian imaginaries offer a utopian scheme for private societies, in correspondence with the neoliberal economic politics that have been implemented in Latin America since the end of 1980s. Thus, the present article addresses the reconfiguration of this spatial imaginaries and the drastic contrast that these new urban and utopian models represent both in literature and cinema. It inquires, specifically, the role that both nature and environmental concerns play in these representations. Drawing from literary and cinematographic narratives such as the short story “No Retiro da Figueira” (1984) by Brazilian Moacyr Scliar, the novel *La viuda de los jueves* (2005) by Argentine Claudia Piñeiro, and the film *La zona* (2007) by Mexican Rodrigo Plá, this article will analyze how an urban and environmental rhetoric can be appropriated by an economically profitable discourse that will contrast, consequently, with the representations of both open and non-exclusive urban spaces, which exist side-by-side with these mileux, underlining its dystopian and ecocidal quality.

Keywords: cities - ecology - Latin America - sustainability - utopia

La tradición utópica en tanto apuesta literaria –aunque también comunitaria y social– se extingue hacia el último tercio del siglo XX. En una investigación sobre las representaciones utópicas urbanas en la literatura latinoamericana (Heffes, 2008) señalé que, mientras existe un número considerable de utopías urbanas que surgen a partir del proceso de modernización latinoamericano, las representaciones espaciales e imaginarias que aparecen en el período posterior a este proceso se caracterizan por una ausencia sintomática de aquellas formulaciones alternativas. Este declive coincide con la caída de las grandes narrativas y el advenimiento de un modelo socioeconómico neoliberal. Una conclusión de este estudio es que los imaginarios utópicos urbanos y literarios constituyen una categoría de análisis en el que las ciudades utópicas conforman un capítulo o episodio que acompaña el proceso de modernización, y que, al llegar éste a su fin, desaparecen asimismo estos ensayos ficcionales.

En consecuencia, cabe formular el siguiente interrogante: ¿reemerge (o no) este paradigma urbano utópico tan característico de la modernidad latinoamericana en algún momento posterior al cierre de este proceso, o este modelo alternativo desaparece, es decir, se extingue de este imaginario cultural para siempre? Más aún, ¿reaparecen formulaciones utópicas en las que, además de proponer un arque-

tipo diferente, apuestan a una configuración espacial y social alineada también con premisas ecológicas? Si bien la respuesta puede formularse con una afirmación, ésta sólo puede plantearse por medio de una conjunción adversativa: la emergencia de propuestas utópicas urbanas donde la preservación de la naturaleza forma parte de una agenda además “verde” surge en los inicios del siglo XXI aunque a través de una modalidad completamente diferente a la de, por ejemplo, las utopías de comienzos de siglo XX: en la era de la urbanización neoliberal, las propuestas discursivas que sitúan sus imaginarios ecológicos en una apuesta urbana alternativa consisten en los proyectos y emprendimientos inmobiliarios propios de los enclaves fortificados –según la definición de Teresa Caldeira (2000) para referir a la emergencia de los barrios privados–, e incluso en las narrativas de promoción y comercialización de estos mismos espacios, bajo sus múltiples formas y nombres, desde chacras urbanas hasta barrios privados, condominios urbanos, urbanizaciones residenciales, ciudad-pueblos privados o megaemprendimientos y clubes de campo (Rojas, 2007: 15)². Este artículo se va a centrar en dos vertientes contrapuestas dentro de las representaciones actuales que utilizan el tropo de la preservación medioambientalista como punto de referencia: por una parte, el discurso utópico, urbano y medioambiental de comienzos del siglo XX se transforma, a comienzos del XXI, en un discurso utópico neoliberal que vende naturaleza (y ciudades verdes) a través de la propuesta de barrios, countries privados y ciudad-pueblos; por la otra, y ya fuera de este espacio de (auto)segregación social, aparece otro tipo de representación, donde el “verde” ha desaparecido y la perspectiva que prevalece es la de una ecotopía distópica o un ecocidio futurista.

El historiador norteamericano Mathew H. Edney sugiere que los mapas constituyen textos complejos a través de los cuales los seres humanos organizan y comunican su conocimiento y relación con el mundo (2011: xv): si examinamos detenidamente las cartografías satelitales y los planos diseñados por los arquitectos

² El modelo del suburbio norteamericano se viene desarrollando en Estados Unidos desde la posguerra gracias a subsidios federales y supone una expansión urbana descontrolada. Este paradigma comenzó a reproducirse, ya tardíamente, en América Latina, a través de la creación de enclaves urbanos privados, denominados también “urbanizaciones cerradas de lujo”. Para una perspectiva general y continental, véase Luis Felipe Cabrales Baraja (ed.) (2002): *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*.

encargados de los emprendimientos inmobiliarios de las ciudades privadas y barrios cerrados, puede comprobarse que se ha producido una traslación en el imaginario espacial que equipara estas últimas con aquellos modelos urbanos diseñados y propuestos a comienzos del siglo XX³.



Pierre Quiroule (Joaquín Alejo Falçonnet): *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria, con el plano de la ciudad libertaria* (Buenos Aires: “La Protesta”, 1914).

³ En mi trabajo sobre “utopías verdes” comparo dos utopías de comienzo de siglo XX con el fin de demostrar que la intersección entre planeamiento urbano y preocupación ambiental ha formado parte del imaginario latinoamericano moderno, proponiendo incluso alternativas plausibles a los detractores de la ciudad, quienes equiparaban esta última con el núcleo mismo de los vicios derivados de la creciente industrialización (predominante sobre todo en Europa), y combinando así una síntesis entre dos formas de concebir el mejoramiento social, metropolitano y, sobre todo, ecológico (Heffes 2013: 255). Los textos analizados son *A través del porvenir. La estrella del sur* (1904), de Enrique Vera y González y *La ciudad anarquista americana* (1914), de Pierre Quiroule [seudónimo de Joaquín Alejo Falçonnet].



Castaños. Barrio de 400 lotes. Lotes perimetrales e internos con una superficie de 550m^2 y al lago con una superficie de 710m^2 promedio (en obra). En www.achavalcornejo.com (imagen bajo la etiqueta de noncommercial reuse).

Del mismo modo, estos enclaves privados se promocionan retóricamente como paraísos verdes, donde el espacio natural y social se fusiona, dando lugar a un universo nuevo, previamente inexistente, el cual resguarda además a sus habitantes de la presunta y creciente violencia, marginalidad, inseguridad, criminalidad y polución que contamina e inunda el espacio exterior, o el “afuera”⁴. La imagen de

⁴ Digo “presunta” porque si bien la violencia se ha incrementado en América Latina durante las últimas décadas, muchos atribuyen esta percepción creciente de la inseguridad al dispositivo mediático, cuyos fines, sean económicos o políticos, son acentuarla. De hecho, la relación entre la “percepción del miedo a la inseguridad” y la “necesidad de distinción social se puede encontrar en las llamadas comunidades cerradas o gated communities, en su versión estadounidense”, cuyos mecanismos especiales de “creación discursiva” conjugan el “problema de la inseguridad ciudadana, el mercado inmobiliario como hacedor de ciudad, la incapacidad de los gobiernos locales para organizar y proporcionar servicios e infraestructura, el proceso de privatización e individualización del espacio público, el fortalecimiento de la llamada sociedad de consumo, el debilitamiento del sentido de comunidad, el aumento de las desigualdades sociales y económicas, el deseo simbólico de reconocimiento y exclusividad social por parte de las clases medias y altas, entre otros factores” (Enríquez Acosta, 2010: 2).

la preservación medioambiental es evocada en estas representaciones textuales y visuales por medio de una reconfiguración del imaginario espacial –propia de las implementaciones económicas del modelo neoliberal– que no sólo fragmenta el tejido social urbano, sino enfrenta lo “inclusivo” con lo “exclusivo”, e intersecta esta oposición a través de una retórica “verde” donde distintas versiones de lo humano y lo no humano quedan asimismo enfrentadas.

Para referirme a este desplazamiento en la configuración de los imaginarios espaciales y analizar cómo una retórica urbana y medioambiental puede ser apropiada por una discursividad mercantilista, voy a examinar el cuento “No Retiro da Figueira” (1984) del brasileño Moacyr Scliar, la novela *La viuda de los jueves* (2005) de la argentina Claudia Piñeiro, y la película *La zona* (2007) del mexicano Rodrigo Plá. Todas estas narrativas textuales y visuales se posicionan en el “adentro” de las formulaciones utópicas privadas y ponen de manifiesto los rasgos más significativos de lo que ha devenido uno de los paraísos más exclusivos de América Latina: las “privatopías”, como las ha definido acertadamente David Harvey⁵. Hacia el final, voy a contrastar las utopías privadas, neoliberales y contemporáneas con las ciudades abiertas e irrestrictas que conviven con aquellas, y en las que distopía y ecocidio conforman dos de sus rasgos más distintivos. Para esto, voy a concluir con la novela de Ana María Shua, *La muerte como efecto secundario* (1997).

El cuento de Scliar se abre con una descripción del lugar al que el protagonista y su familia se van a trasladar, según la presentación de un folleto publicitario:

O lugar era... era maravilhoso. Bem como dizia o prospecto: maravilhoso. Arborizado, tranquilo, um dos últimos locais –dizia o anúncio– onde você pode ouvir um bem-te-vi cantar. Verdade: na primeira vez que fomos lá,

⁵ “Las disparidades geográficas en cuanto a riqueza y poder aumentan hasta conformar un mundo metropolitano de desarrollo geográfico crónicamente desigual. Durante un tiempo, las zonas residenciales interiores obtenían riqueza del núcleo urbano central, pero ahora también ellas tienen ‘problemas’, aunque es allí, en cualquier caso, donde se crean la mayoría de los nuevos empleos. La riqueza se traslada, por lo tanto, más hacia las afueras, a urbes exteriores que explícitamente excluyen a los pobres, los desfavorecidos y los marginados, o se encierra entre elevados muros, en ‘privatopías’ residenciales y ‘comunidades valladas’ urbanas [...] *Los ricos forman guetos de riqueza (sus ‘utopías burguesas’) y debilitan los conceptos de ciudadanía, pertenencia social y apoyo mutuo*” (Harvey 2007: 178; énfasis mío).

ouvimos o bem-te-vi. E também constatamos que as casas eram sólidas e bonitas, exatamente como o prospecto as descrevia: estilo moderno, sólidas e bonitas. Vimos os gramados, os parques, os pôneis, o pequeno lago. Vimos o campo de aviação. Vimos a majestosa figueira que dava nome ao condomínio: Retiro da Figueira (48).

Se trata de un barrio cerrado, cuyo estilo de vida promete dos elementos característicos de todos estos emprendimientos urbanos: naturaleza y aislamiento⁶. Esto último es fundamental, ya que impide que el afuera se infiltre en el adentro garantizando la seguridad de los habitantes⁷. El relato de Scliar refiere a la fascinación de la esposa del protagonista con todos aquellos elementos propios de una seguridad sofisticada cuya protección torna –hipotéticamente– tanto a sus habitantes como a sus pertenencias inaccesibles: desde la cerca electrificada hasta las torres de vigilancia, los reflectores de luz, el sistema de alarmas y, sobre todo, los guardias privados de seguridad. Éstos últimos, siempre muy amables y sonrientes. La historia destaca el sentido de exclusividad social y económica de los personajes que deciden mudarse a estos barrios cerrados: el folleto publicitario, por ejemplo, había sido enviado a una cantidad limitada de personas y en la empresa en que el prota-

⁶ En Brasil, de hecho, “existe *Alphaville*, una megaciudad privada, la más antigua de Sudamérica: se fundó hace treinta años y mide 9.977.449,2 metros cuadrados [...] y ya viven allí 30 mil personas distribuidas en 14 barrios residenciales, dos empresariales con varios centros comerciales, once escuelas y universidades” (Rojas 2007: 16; énfasis en el original). La “filosofía” de esta megaciudad se explica de este modo: “Alphaville cria espaços para se viver bem. Espaços onde projetos e sonhos se tornem realidade. Onde vizinhos formem verdadeiras comunidades. Onde zelar pelo meio ambiente seja tarefa e direito de cada um. Para isso, converte expertise em equilíbrio entre tecnologia e natureza, e excelência em perenidade. Cresce trazendo desenvolvimento às pessoas, às organizações e à própria sociedade. Conecta-se com seus públicos e permanece atenta aos desafios do seu tempo e do futuro. Assim, *Alphaville soma esforços, aproxima pessoas e ideias para tornar possível o bem-viver*” (énfasis mío). En <http://www.alphaville.com.br/portal/institucional/filosofia>. Acceso obtenido el 30 de abril de 2013.

⁷ La promesa de seguridad es clave en estos territorios cerrados. De hecho, éstos “basan la construcción de una imagen de seguridad en los muros que los rodean, la caseta de acceso enmarcada en una arcada monumental y la presencia de guardias privados”, atribuyendo su éxito a la “posibilidad de proteger a sus habitantes de la inseguridad y la delincuencia prevaleciente en las ciudades” y en las “medidas de seguridad” que son variadas “pero básicamente descansan en la visibilidad de los elementos de vigilancia con fines de amedrentar o desalentar a los delincuentes” (Enríquez Acosta, 2010: 178).

gonista trabaja sólo éste lo había recibido. Es, en efecto, esta condición de distinción y exclusividad, y que su esposa atribuye a una “selección cuidadosa de los futuros habitantes”, lo que agrega un “motivo más de satisfacción” a la propuesta contenida en este nuevo estilo de vida (49). El cuento entraña, sin embargo, una paradoja fundamental: el encierro fortificado en el que viven se termina convirtiendo en una trampa, ya que serán los mismos guardias de seguridad quienes, siempre amables y sonriendo, utilicen a los habitantes de este barrio cerrado como rehenes para cobrar un rescate que les permitirá, como dice el personaje al final, perpetuar este sistema de emprendimiento inmobiliario, secuestro y rescate:

Nunca mais vimos o chefe e seus homens. Mas estou certo de que estão gozando o dinheiro pago por nosso resgate. Uma quantia suficiente para construir dez condomínios iguais ao nosso –que eu diga-se de passagem, sempre achei que era bom demais (50).

Si bien en un primer plano la paradoja central del relato reside en que el peligro que domina el discurso mediático se encuentra en el afuera, es aquí el mismo adentro, del cual además los personajes no pueden salir, el que se vuelve sobre éstos a través de un efecto *boomerang*. No obstante, y de igual modo que en otros textos y representaciones visuales recientes, la vida en estos espacios verdes y protegidos es presentada como una utopía asequible, un sueño hecho realidad:

Mudamo-nos. A vida lá era realmente um encanto. Os bem-te-vis eram pontuais: às sete da manhã, começavam seu concerto. Os pôneis eram mansos, as aléias ensaibradas estavam sempre limpas. A brisa agitava as árvores do parque – cento e doze, bem como dizia o prospecto. Por outro lado, o sistema de alarmes era impecável. Os guardas compareciam periodicamente à nossa casa para ver se estava tudo bem –*sempre gentis, sempre sorridentes*. O chefe deles era uma pessoa particularmente interessada: organizava festas e torneios, preocupava-se com nosso bem-estar. Fez uma lista dos parentes e amigos dos moradores –para qualquer emergência, explicou, com um sorriso tranquilizador. O primeiro mês decorreu –tal como prometido no prospecto– num clima de sonho. De sonho, mesmo (49; énfasis mío).

La paradoja que entraña este relato, estableciendo una relación sugerente entre utopía, espacio verde y natural, y seguridad versus criminalidad, aparece asimismo en el film de Plá. La primera imagen que abre *La zona* es, de hecho, un alambrado con cables electrificados en la parte superior, muros con cámaras que registran minuciosamente las calles, las casas, el adentro y el afuera, y guardias de seguridad privada apostados a la entrada en las garitas de control y observando, con detenimiento, las imágenes que se multiplican en los paneles llenos de pantallas. El adentro de la ciudad privada, con sus barrios, escuelas y espacios comunes para todos sus habitantes, aparece representado como un universo ideal, un paraíso exclusivo con casas majestuosas, donde la flora y la fauna convive en armonía con el diseño y planeamiento urbanos.

Espacialmente, consiste en un territorio exclusivo e inclusivo a la vez, en tanto que, por un lado, excluye el exterior, pero, por el otro y en su interior, todos gozan de los mismos derechos. Es, sin embargo, el comportamiento de sus habitantes lo que presupone un nivel de “civilidad”, algo que será cuestionado al final del film. La supuesta comunión que unifica socialmente a los habitantes de este paraíso verde se quiebra cuando el afuera permea el adentro: cuando parte del muro que rodea la fortificación se quiebra con la caída de una torre publicitaria, cuatro jóvenes pertenecientes al afuera aprovechan la oportunidad de penetrar el enclave La zona.

Tres de los jóvenes son inmediatamente asesinados por los mismos habitantes en nombre del derecho a autodefenderse mientras que, el joven restante, permanece oculto, originándose así una cacería humana. El conflicto surge cuando la policía de afuera quiere investigar los tiroteos, y la seguridad privada –con el apoyo de los habitantes de La zona– se lo impiden. Se trata de un problema de jurisdicción y demarcaciones de poder, pero también de una tendencia propia de los habitantes de estos barrios cerrados y ciudades privadas que buscan evitar a cualquier costo la publicidad, como así también resolver los problemas de criminalidad y delincuencia “puertas adentro” (Rojas, 2007: 79)⁸. La comunión inicial que aunaba a todos los habitantes y vecinos se resquebraja aún más cuando la Comisión Directiva

⁸ Existen dentro de estos espacios cerrados “ciertos dispositivos de seguridad interna y social que permiten que lo desagradable sea ocultado: no visto” (Rojas 2007: 79).

sospecha que uno de los moradores ha violado este pacto implícito y contactado a la policía. Se instaura así, dentro del mismo espacio cerrado, un sistema policíaco y autoritario, en el que cada vecino se vuelve vigilante de sus propios pares. Este resquebrajamiento que se iniciara con la intrusión del afuera en el adentro, sedimenta no sólo aquellos vínculos establecidos entre los vecinos sino que fractura poco a poco el tejido mismo de las diversas estructuras familiares. Daniel, uno de los protagonistas del film y miembro de la Comisión Directiva de La zona, es confrontado por su esposa, quien cuestiona las políticas que la comisión implementa dentro del barrio. Del mismo modo, la relación con su hijo Alejandro comienza a deteriorarse cuando éste último descubre que su padre, junto a los demás directivos, cierran la investigación policial por medio del soborno a un delegado político. Cuando el joven de dieciséis años es finalmente encontrado –había tratado de huir desde entonces pero los muros y la vigilancia infranqueables de La zona se lo impidieron una y otra vez– es asesinado a golpes por una multitud enfurecida.

El ficticio nivel de civilidad que entraña este modo de vida (y que procura traducirse no sólo materialmente a través de las mansiones que habitan y los autos que conducen sino en el nivel educativo de sus habitantes, cuyos hijos asisten a las escuelas privadas más prestigiosas) queda deslegitimado con la brutalidad del accionar de los “ciudadanos”. Al final del film, asesinado violentamente el joven, su cuerpo será tirado a la basura, del mismo modo que lo hicieran anteriormente con sus tres compañeros: se trata de cuerpos desechados y desechables que nadie reclama; cuerpos anónimos y descartables. El gesto despreocupado que caracteriza una retórica de la impunidad inserta al film *La zona* en el contexto de una problemática mayor, una relacionada con el medio ambiente y las nuevas configuraciones urbanas las que, desde una biopolítica de los desechos, cuestiona las fronteras entre lo humano y lo no humano. Como en el relato de Scliar, la presunta impermeabilidad de los muros, torres de vigilancia y seguridad privada no garantiza la ausencia de criminalidad y violencia. Por el contrario, ésta se desata frecuentemente en el interior mismo del enclave, sea a través del traspaso de una zona a otra, sea a partir de la “seguridad” misma, o a causa de los propios miembros y vecinos de las urbanizaciones cerradas.

En este sentido, queda claro que la violencia se encuentra a ambos lados del muro y no hay vallado, pared o alambrado que pueda detenerla, ya que se encuen-

tra enquistada en la estructura misma de una sociedad cuya fábrica social no sólo se ha fracturado, sino que despliega su ideología a través de la instauración de un modelo de segregación y autosegregación urbanas que no hace sino profundizar aún más las diferencias y disparidad sociales, económicas y medioambientales. De esta forma, el film pone de manifiesto cómo la arraigada corrupción que caracteriza culturalmente este universo social se filtra en cada una de las membranas sociales, descomponiendo las relaciones e interacciones íntimas entre los individuos, los familiares y los conciudadanos.

Las viudas de los jueves comparte con el film *La zona* el alambrado en la portada, del mismo modo que el film utiliza esta imagen inaugural para sintetizar la vida detrás del muro, como sugiere uno de los personajes. La novela trata de las personas que habitan el barrio cerrado Altos de la Cascada, un barrio exclusivo marcado por los valores de una clase social entre media y alta, aunque ésta se encuentre, asimismo, a punto de desmoronarse:

Altos de la Cascada es el barrio donde vivimos. Todos nosotros [...] El nuestro es un barrio cerrado, cercado con un alambrado perimetral disimulado detrás de arbustos de distinta especie. Altos de la Cascada Country Club, o club de campo. Aunque la mayoría de nosotros acorte el nombre y le diga La Cascada, y otros elijan decirle Los Altos. Con cancha de golf, tenis, pileta, dos club house. Y seguridad privada. Quince vigiladores en los turnos diurnos, y veintidós en el de la noche. Algo más de doscientas hectáreas protegidas a las que sólo pueden entrar personas autorizadas por alguno de nosotros (25).

La historia gira en torno a las vidas de Virginia, habitante y encargada de una inmobiliaria en el country privado Los Altos, su marido Ronie, desempleado hace seis años, su hijo Juani, el Tano y su mujer, los Urovich, y otros habitantes más de este emprendimiento urbano. Todos estos personajes no sólo se identifican plenamente con el estilo de vida que presupone habitar un enclave exclusivo, sino que lo ostentan plenamente ya que, como advierte la socióloga Maristella Svampa (2008), este estilo “a tiempo completo se convierte en una invalorable fuente de capital social” (143). El crimen aquí es doméstico, y ocurre al final de la novela cuando tres de los maridos que se juntan todos los jueves a beber, jugar a las cartas y discu-

tir de política y economía, cometen un suicidio-asesinato que simulan bajo la apariencia de accidente, con el fin de que sus familias cobren un considerable seguro de vida.

La novela, que transcurre en un momento paradigmático como lo fuera el año 2001 en Argentina, permite ver el entramado social que caracteriza las vidas de estas personas, donde el engaño y las apariencias por mantener un aparente estándar de vida comienzan a derrumbarse. Sin embargo, es también en esta novela donde se conjuga de manera más evidente la idea de barrios privados en tanto utopías exclusivas, y donde la idea de “naturaleza” viene a constituir uno de sus rasgos más distintivos y, a su vez, comercializables. El “adentro” de la “privatopía” consiste en un paraíso exclusivo, una utopía amurallada: “[t]rescientas casas, con trescientos jardines, con trescientos jazmines de leche, encerrados dentro de un predio de doscientas hectáreas, con alambrado perimetral y seguridad privada” (28-29). Lo “natural” que separa y divide dos mundos opuestos y exclusivos, el adentro y el afuera, es una naturaleza artificial pero lo suficientemente convincente para atraer inversionistas, futuros propietarios y toda suerte de clientes. Virginia, la protagonista, aclara: “Natural porque es pasto, y árboles, y lagunas. Pero no natural porque el paisaje haya estado allí antes que nosotros. Antes era un pantano” (83). De igual modo que en otras “utopías de reconstrucción”, según la definición de Lewis Mumford en *The Story of Utopia* (1922), la metamorfosis espacial, gracias a la tecnología y el diseño urbano, transforma al territorio en uno paradisíaco e irreconocible. La estetización del espacio natural, disfrazada de preocupación ecológica, transforma los arroyos en uno “de un verde más turquesa, gracias a un tratamiento del agua y a ciertas algas que mantienen más aireado el ecosistema” (83-84). Sin embargo, para este propósito, murieron los peces que lo habitaban antes de la purificación: “Peces sin nombre, una especie de mojarritas marrones. Nosotros sembramos percas naranjas que se reprodujeron” y ahora “son las dueñas” (ibíd.).

Así, se permite que las “percas naranjas” se adueñen completamente de su hábitat. Práctica que, cabe aclarar, se instrumenta en nombre de un ecosistema “más aireado”. Más adelante ocurre lo mismo cuando “indeseables jaurías de perros cimarrones” que se “introducen dentro del ejido del barrio” han generado la alarma general en todo el barrio (223 y 227): “se trataba de perros sin dueño, criados a la deriva, que entraban al barrio a buscar comida. Perros salvajes. No nues-

tros perros, los golden retriever, labradores de pelo corto”, esto es, “las razas más vistas paseando por la vecindad con collar y chapa identificatoria con nombre y teléfono para casos de extravío” (223-224)⁹. Perros “cimarrones” y salvajes como “mojarritas marrones” (ibíd.). En la novela se enfatiza el contraste entre este universo utópico, armónica y artificialmente preservado, y el afuera, homologado con caos, barbarie y fealdad.

La impermeabilidad de los grandes muros no es suficiente para detener el flujo que los problemas sociales y económicos yuxtaponen de forma continua. Del mismo modo que en el cuento de Scliar o en *La zona*, el afuera y el adentro se entremezclan. El alambrado que separa aquello que es lujo y contemplación de un lado pero que, del otro, constituye la fuente de alimento para una familia entera, no puede eliminar las fronteras que intentan invisibilizar lo que es visible y tangible. La disposición espacial de estas ciudades exclusivas se traduce en una autosegregación que impide todo contacto con el mundo exterior y, por lo tanto, niega la existencia de aquellos sujetos. Pero éstos últimos no sólo residen en los alrededores de estos barrios fortificados, sino que ingresan a él bajo la condición de servir como personal doméstico. Según la protagonista, los sujetos que trabajan en La Cascada habitan la “Barriada satélite”: barrio de “casas sencillas de distinta calidad de construcción, casi todas viviendas levantadas por sus propios dueños, o sus parientes o amigos” (107-108). Dado que los habitantes de estos barrios humildes dependen del trabajo que les proveen en Los Altos, éstos son examinados a diario al entrar y salir, cuando atraviesan sus fronteras extremadamente vigiladas, demandando, “confidencialmente, el prontuario de todo jardinero, albañil, pintor y demás trabajadores que entraran con regularidad al country” (96).

En efecto, a medida que pasaba el tiempo, los residentes de Los Altos se protegían “con más vehemencia rejas adentro”, procurando cambiar el alambrado perimetral por un sólido paredón de tres metros de altura: “una pared, para que nadie pudiera no sólo pasar sino tampoco vernos, ni ver nuestras casas, ni nuestros autos, eso era lo que todos queríamos. Y que nosotros tampoco viéramos hacia

⁹ En última instancia, lo que estos “perros sin dueño” vienen a demostrar es su condición de excepcionalidad en un sistema socioeconómico que se basa exclusivamente en un modelo de propiedad privada.

afuera” (97). Romina, la adolescente amiga del hijo de la protagonista, plantea: “¿Nos encerramos nosotros, o encerramos a los de afuera para que no puedan entrar?” (184)¹⁰.

La novela concluye con una confrontación altamente militarizada que, en este caso, aparece bajo las figuras de guardias “armados con fusiles” (317): es el temor de que el afuera se infiltre, una vez más, para ingresar y borrar esas fronteras que los condena a vivir como ciudadanos de segunda, tercera o cero clase. La fragmentación urbana en correspondencia con la fragmentación social vuelve a los sujetos que habitan –pero no comparten– un mismo territorio y soberanía nacional, enemigos acérrimos. Como si se tratara de una guerra no declarada, las barreras que dividen, segregan, exaltan y minimizan las categorías y atributos de los habitantes a uno y otro lado los enfrenta impidiendo toda suerte de interacción, movilidad, cruces, flujos y mezclas. Por esta razón, estos emprendimientos reconfiguran las nociones de utopías urbanas y naturaleza, y esta transformación involucra, a su vez, la producción discursiva a cargo de los encargados de diseñar, planificar, imaginar, crear y vender estas nuevas utopías urbanas y verdes.

En la colección de crónicas *Mundo Privado. Historias de vida en countries, barrios y ciudades cerradas* (2007) Patricia Rojas examina la vida dentro de estos enclaves fortificados. Uno caso paradigmático es el emprendimiento inmobiliario de Nordelta en el Tigre, provincia de Buenos Aires. Este proyecto constituye un arquetipo urbano de cómo estos universos cerrados, paradisíacos y privados se promocionan como espacios “naturales” y mundos nuevos e ideales, creados e imaginados asimismo como utopías verdes y urbanas, pero que, a diferencia de otras propuestas utópicas (como por ejemplo las ya citadas de comienzos del siglo XX), ya no son inclusivas

¹⁰ Cabe mencionar que *Las viudas* logra retratar los valores propios de los habitantes del barrio cerrado de manera, incluso, risible: Ramona, cuando es adoptada, pasa a ser Romina. Este cambio obedece a la necesidad, por parte de su madre, de borrar tanto su origen como su color de piel oscuro: “El pelo de la nena era negro, brillante, y rígido como alambre [...] La nena podía ser correntina, pero también misionera, o chaqueña, o tucumana. Se inclinó por Tucumán. Mariana podía imaginársela dentro de unos años, robusta y maciza como una mujer tucumana que trabajaba en la casa de su amiga Sara como doméstica” (46-48). Para la madre, el hecho de que su hija no pudiera ser genéticamente modificable, era frustrante y, “por más que se la pusiera a dieta o la matara a ejercicios, tenía los tobillos como macetas, y eso, Mariana lo sabía, no había forma de solucionarlo” (48).

sino exclusivas. Es, de hecho, en su carácter exclusivo donde se desarrollan –y estimulan– estrategias de identidad social, cultural y económica, como así también se promueven formas específicas de sociabilidad.

En estos proyectos el rol de la “naturaleza” es fundamental. La narrativa que promociona la ciudad privada Nordelta destaca sus “vistas preciosas”, como así también la “vegetación autóctona del Delta”, la cual se encuentra “dispuesta para que cada rincón sea la tapa de una revista de jardinería y decoración” (22). La naturaleza invade el espacio urbano, pero es una invasión amena, pautada, racionalizada: “el silencio absoluto solo es interrumpido por jilgueros, gallaretas y los chapuzones de las nutrias en los lagos que rodean las casas” (ibíd.). Según la Federación Argentina de Clubes de Campo (FFCC), la “razón esencial” para la fundación de estos espacios cerrados, y que deben adoptar sus miembros, ha de ser “la defensa y consolidación de una forma de vida”, la que se encuentra “más relacionada con *el respeto a la ecología*, la tranquilidad y solaz de sus beneficiarios, que con la simple especulación de la tierra” (23; énfasis mío). Curiosamente, y más allá de las innumerables alusiones y referencias que se hacen a términos como “ecología”, “naturaleza”, “natural” y “verde”, estas evocaciones funcionan como significantes que no se corresponden de manera directa con aquellos elementos propios de un discurso medioambiental. Por el contrario, se trata más de una retórica mercantilista cuyo objetivo más inmediato es de servir como dispositivo para atraer nuevos clientes y potenciales propietarios.

Llegar a Nordelta es llegar a “otro mundo”, explica Rojas (23). Se trata de “un mundo distinto” donde no hay semáforos, no hay pobres, no hay veredas, y no hay rejas: los “jardines tienen flores exóticas” y no hay perros sueltos, ni ropa tendida ni basura en los cordones (ibíd.). Es como si “alguien hubiera barajado y repartido otras cartas para inventar un nuevo mundo sin las incertidumbres del anterior. Y entonces hubiera dado una orden y un sentido a la vida y al compartimiento de las personas distinto del que había” (ibíd.). Como resultado, además de ser “todo nuevo” hay, a su vez, “desarrolladores, avisos en los diarios e imaginarios muy esquematizados acerca de cómo debe ser vivir esta vida tan segura, tan verde y tan feliz” y, en algunos casos, hasta la idea misma de naturaleza está normalizada (26). Un anuncio que refiere a “una población de patos, gansos, garzas y teros”, la que es “alimentada y protegida para que no deje de reproducirse”, funciona por lo

tanto como estrategia discursiva para atraer nuevos residentes (clientes) a la ciudad privada.

No deja de sorprender que sean aquí precisamente los emprendedores e inversionistas quienes determinen el estilo de vida de sus habitantes: así como la naturaleza se encuentra reglamentada –y por lo tanto objetivada–, del mismo modo los sujetos se vuelven objeto de manipulación y reglamentación por parte de los inversionistas, cuyo fin es sin duda lucrativo¹¹. Por otra parte, la idea de alimentar y proteger la fauna no consiste en una apuesta ecológica o una preocupación ética por la preservación del medio ambiente y el mundo natural (como podrían serlo aquellas promovidas por fundaciones y organizaciones no gubernamentales (ONGs) que tienen por objeto principal la protección y conservación de la comunidad biótica y el ecosistema), sino es más bien el resultado de una práctica que procura promover aquellos elementos distintivos que atraen de manera continua nuevos consumidores y que, en su gesto mercantilista, transforma a la naturaleza en un elemento ornamental, una plusvalía o un valor agregado y diferenciador.

Uno de los aspectos más significativos de la crónica de Rojas consiste en la perspectiva que ofrece uno de los encargados del emprendimiento privado “Pacheco Golf”, quien sostiene que los “medios de comunicación creen que en los countries hay sólo gente de elite. Y no es toda así”; propone, en cambio, comprender el fenómeno desde un punto de vista diferente:

¿Por qué no lo miramos al revés? Por qué no pensamos que en una tierra libre donde se podría haber instalado una villa, un descargadero de algún producto químico o un basural, se ha convertido en un lugar donde la gente puede residir tranquila y en donde se generan fuentes de trabajo [...] Decime vos: ¿cuántas fábricas generan trabajo para 700 personas sin contaminar sino generando pulmones verdes para la zona, deportes y vida? (144-145).

Desde la perspectiva de los inversionistas y emprendedores inmobiliarios “una

¹¹ Esto contrasta, una vez más, con las utopías de comienzos del siglo XX, donde toda decisión respecto a la forma de vida tanto a nivel social, como económico y político, resulta ya sea del consenso general, o de una minoría cuyo objetivo principal es el bien común de los habitantes.

villa” es equiparable a un “descargadero de algún producto químico o un basural”. Los sujetos que habitan en una villa aparecen –de manera tangencial– deshumanizados y objetivados y adquieren de esta forma el mismo rasgo contaminante que los productos químicos o la basura. Los emprendedores inmobiliarios, en cambio, se presentan a sí mismos como altruistas y desinteresados que no sólo rescatan el espacio verde –la naturaleza– de la contaminación humana o medioambiental, sino que promueven el desarrollo económico (y del medio ambiente) a través de la creación de puestos de trabajos que, además de no contaminar, generan “pulmones verdes para la zona”. Esta mercantilización de lo natural disfrazada de acciones beneficiarias para la economía y el medio ambiente, además de ser ilusorias, son peligrosas, ya que legitiman una discursividad medioambiental falsa, que además cataloga a los sujetos habitantes de los asentamientos humanos informales como elementos contaminantes, tornando justificable su erradicación o eliminación¹².

La continua apelación a la naturaleza y lo natural constituye una de las marcas más distintivas de estos discursos que estimulan y promueven el consumo de paraísos exclusivos. Otro aspecto particular es la insularidad. La isla, desde la propuesta utópica de More en adelante, conforma un arquetipo de la ficción geográfica. Si bien su representación apela a un espacio aislado, los paradigmas espaciales más utilizados dentro de esta vasta tradición son la isla lejana, las mesetas y cumbres de montañas de difícil acceso, el desierto y la selva, y todo tipo de

¹² María Carman (2011), desde una perspectiva “ecológica” analiza dos casos en que sujetos pertenecientes a las clases más bajas y que habitan asentamientos informales son catalogados como una amenaza al medio ambiente, homologados con materiales tóxicos y/o contaminantes. El primer caso es el de la “Villa Rodrigo Bueno” junto a la Reserva Ecológica Costanera Sur en la ciudad de Buenos Aires, donde los “habitantes de la villa son acusados de afectar el ecosistema y el desarrollo de la vida de los animales que viven en la reserva” (40). Se “deshumaniza a estos pobladores para justificar el ejercicio de la violencia pública” pero, lo que está en juego, sugiere Carman, son “millonarias inversiones inmobiliarias próximas a la villa” (ibíd.). El otro caso es el de la “Aldea Gay”, asentada sobre terrenos ganados al río en la Ciudad Universitaria de Buenos Aires, y cuyo nombre obedece a la “comunidad que fundó allí un grupo de cartoneros gay que vivía en la calle” (106). La presencia de los habitantes de la Aldea fue percibida como una “contaminación ambiental”, legitimándose su desplazamiento y la noción de que pobres y naturaleza no sólo son opuestos sino excluyentes, en tanto “los primeros invaden o depredan a esta última” (143).

espacio insularizado que, por medio de su establecimiento distante, garantice la condición ideal de territorio utópico.

Dentro de la utopía urbana y exclusiva que es Nordelta, el barrio “La Isla” encarna el espacio más representativo, por su “avenida rodeada de palmeras”, sus grandes “espacios verdes” y todo “lo que el diseño y el confort pudieron crear para vivir mejor” (87). De esta forma, la insularidad preserva a una comunidad específica de todo contacto y contaminación proveniente del exterior. El mundo de la utopía es, por lo general, un mundo cerrado, un universo pequeño regido por leyes propias que, muchas veces, escapan de lo real. Y junto a este rasgo peculiar, otro que cabe mencionar es la acronía, es decir, la ausencia de factores temporales, los que se conjugan con la falta de dimensión histórica. Esta característica es evidente en *Las viudas* cuando Virginia se remonta a ese momento inicial, su llegada, suerte de mito de origen:

Los que venimos a vivir a Altos de la Cascada decimos que lo hacemos buscando “el verde”, la vida sana, el deporte, la seguridad. Excusados en eso, inclusive ante nosotros mismos, no terminamos de confesar por qué venimos. Y con el tiempo ya ni nos acordamos. El ingreso a La Cascada produce cierto mágico olvido del pasado. El pasado que queda es la semana pasada, el mes pasado, el año pasado [...] Como si fuera posible, a cierta edad, arrancar las hojas de un diario y empezar a escribir uno nuevo (30).

La utopía ocurre en “otro lugar” y muchas veces se ignora cómo se ha llegado a ella, la organización social previa, y cómo se produjeron los cambios. A su vez, el presente de la utopía es un presente definitivo, que no cambia. Es un tiempo ahistórico que, en general, remite a una condición edénica permanente, fuera de las leyes de evolución históricas.

Por otra parte, si la amenaza se ubica en el afuera de estos territorios aislados, la mayor parte de las conceptualizaciones utópicas propugnan la autosuficiencia y son contrarias al comercio y la interdependencia económica, ya que en estas relaciones se encuentra el origen de los males de la sociedad. Según Rojas, en Nordelta se construyó un Centro Comercial de 7.000 metros cuadrados cubiertos y un estacionamiento para 500 autos, para evitar justamente el trato comercial con el exterior.

Dadas las características de estos enclaves fortificados, podemos sugerir que conforman un nuevo paradigma social en el que se conjugan dos elementos espaciales fundamentales: lo urbano y lo natural. Esta imaginación, conceptualización, proyección y configuración espacial, al transformarse en un fenómeno discursivo específico, comparte los rasgos más significativos y definatorios de las formulaciones utópicas, como ya hemos indicado; sin embargo, dos características importantes diferencian la retórica discursiva que atraviesan estos emprendimientos utópicos de comienzos del siglo XXI y aquellos de inicios del XX: el primero es que aquellos consisten en planteos, desde su formulación misma e inicial, de espacios exclusivos, donde habita una minoría selecta y la que constituye menos del 10% de la población nacional: para ser “miembro” hay que ser “admitido” por una comisión evaluadora¹³.

En contraste con las propuestas utópicas socialistas e inclusivas de comienzos del siglo XX, que invitaban abiertamente a todos los sujetos a vivir en ella bajo un modelo de equidad e inclusión social, el modelo utópico presente, que equipara espacio urbano con naturaleza, consiste en un modelo de exclusión y segregación social –cuyas diferencias entre los de adentro y los de afuera son constantemente reforzadas de manera tanto física como simbólica, y cuyos reforzamientos, además, proveen a sus residentes urbanos de una identidad particular, de casta especial, privilegiada, y separada del resto¹⁴. Vale la pena preguntarse hasta qué punto una ciudad puede privatizarse y, en consecuencia, encerrarse y replegarse sobre sí misma. De ser así, no sólo el espacio urbano se fragmenta sino la noción misma de ciudadanía se resquebraja. Maristella Svampa refiere a una “ciudadanía patrimo-

¹³ Las “condiciones de admisión, a través de un código de restricciones, generalmente no escrito, pero suficientemente (re)conocido por todos” configura “mucho más que las reglas explícitas”, sobre todo, el “contorno del grupo de pertenencia” (Svampa 2008: 126; énfasis en el original). A las condiciones de admisión no escritas suele añadirse “el pago de una cuota social de ingreso, suerte de matrícula que va de los cinco mil dólares hasta los treinta mil dólares, para los más exclusivos” (ibíd.). Según Patricia Rojas, en algunos de estos barrios o clubes cerrados han aparecido casos de antisemitismo, en los que se rechazaban a personas de origen judío que solicitaban entrar en el country, barrio privado o ciudad cerrada.

¹⁴ Maristella Svampa (2008), refiriéndose al conocido trabajo de Bourdieu (1979) sostiene que los “countries son, por excelencia, espacios de producción de ‘estrategias de distinción’”, en el sentido de “pautas y prácticas sociales y culturales que configuran diferentes grupos de status” (126).

nialista”, la que va desplazando a un modelo de ciudadanía política, apoyado en criterios universales y, por lo tanto, con alcances más generales (204). En función de esta transformación, cabe asimismo preguntarse si es acaso posible construir, sobre la base de una ciudadanía patrimonialista, un verdadero “pacto social” (205).

La segunda característica que diferencia estas propuestas espaciales urbanas, verdes e ideales respecto a otras formulaciones utópicas es que la perspectiva ecológica articulada y promocionada a la hora de definir y darle forma al imaginario urbano de estos paraísos cerrados, es artificial, convirtiendo lo verde –como así toda asociación vinculada con la naturaleza– en un objeto retórico mercantilista al cual se apela con un fin lucrativo. Dadas sus características, me gustaría sugerir que esta retórica de lo ambientalista se vale de términos como lo verde, lo natural y la naturaleza de manera constante e intercambiable, en tanto un significativo vacío cuyo referente (o ausencia de referente) carece de un anclaje a una preocupación ecológica legítima. Pero, ¿cómo aparecen estos mismos elementos cuando son leídos desde el otro lado, el afuera, es decir, su reverso? ¿Qué elementos naturales son visibles en las narrativas latinoamericanas del futuro, cuyo epicentro, la ciudad abierta –en contraposición con la cerrada y fortificada– es una que se encuentra disponible para todos y, del mismo modo, es producida por todos?

Voy a referirme, por último, a la novela de la argentina Ana María Shua, *La muerte como efecto secundario* (1997) con el objeto de compararla con los relatos precedentes. El relato de Shua transcurre en una Buenos Aires transformada, posible, y por lo tanto utópica, pero que, a diferencia del relato de Scliar, *Las viudas* o *La zona*, evoca un futuro disímil respecto a toda idea de felicidad, remanso, tranquilidad y seguridad. La historia gira en torno a Ernesto Kollody y su tiránico padre quien, viejo y enfermo, debe ser internado en una “Casa de Recuperación”. Este espacio no sólo es obligatorio para todos los ancianos habitantes de la ciudad sino que, además, en este recinto se prolonga la enfermedad y agonía de sus habitantes con fines exclusivamente económicos. En esta Buenos Aires posible, no se puede caminar por la ciudad abierta sino “sólo en los centros de compras o en los barrios cerrados”, “hay muchos caminódromos”, y “lugares protegidos que fingen ser un barrio cualquiera y en los que por una entrada módica es posible caminar hasta hartarse, recorriendo paisajes infinitos –o limitados– casi reales” (18).

El espacio abierto, esto es, el afuera del adentro seguro, natural, protegido y vigilado, consiste en una espacialidad deteriorada, peligrosa y en ruinas, por la que sólo se puede transitar con taxis y autos blindados. La ciudad cercada y sellada contrasta con lo que queda afuera: desechos y escombros. La violencia se ha generalizado, y el vandalismo y los crímenes se han propagado por todos los confines del territorio urbano. Además de la posibilidad de transitar y recorrer abiertamente la ciudad, otras cosas se perdieron en este universo (dis)tópico, como, por ejemplo, la producción cultural. La Casa de Recuperación consiste en una manera eufemística para denominar los antaño asilos, geriátricos y residencias de ancianos; pero no todas son iguales: del mismo modo que los barrios cerrados ostentan una vegetación y naturaleza prohibitiva para los que quedaron afuera, también las Casas se ciñen a esta lógica de lo privado/público.

En el relato de Shua, Ernesto rescata a su padre de la Casa a través de la contratación de un grupo comando que vive justamente en otro espacio fuertemente demarcado, aunque éste –a diferencia de los barrios cerrados– no figura en ningún mapa: se trata de los “barrios tomados”. Esta geografía simbólica y extraoficial, no sólo ha sido sustraída de las cartografías urbanas más actualizadas, sino que aparece sustituida en éstas “como si fueran parques o plazas a los que hay que rodear” (164). El espacio natural que queda relegado a las clases pudientes, se transforma aquí en otra referencia vacía en cuanto su demarcación cartográfica no se corresponde con la condición real del espacio (el cual consiste, por otra parte, en una borradura). Los barrios tomados, por lo tanto, distan de ser esos “parques o plazas”, representaciones falsas de pulmones verdes que la ciudad carece o reserva para aquellos que tienen los medios económicos para vivir puertas adentro. Éstos se caracterizan por el “deterioro físico”, casas y edificios que “van sufriendo un proceso de degradación que la sola miseria no puede explicar” (165). Se trata, de esta forma, de una cartografía caótica que evoca una retórica de los desechos –esto es, los sujetos aparecen representados entre los pliegues e intersticios de los bordes y las fronteras que demarcan las diferentes zonas (de contacto y de cruce)– y cuyo opuesto más reconocible es el mapa de alta resolución de los barrios privados: las “privatopías”, donde la configuración espacial aparece delimitada de manera clara y definida, siendo siempre el verde además el color que rodea, como en los mapas

de las utopías, todas las construcciones urbanas¹⁵.

Ernesto rescata finalmente a su padre de la Casa, y en la huida transitan los espacios fragmentados de la ciudad: “barrios cerrados, barrios tomados, villas y nada más” (218). Ambos se dirigen a otro espacio exclusivo, otra utopía verde, aunque se trata asimismo de un espacio mítico: la de los Viejos Cimarrones, ancianos escapados de las Casas de Recuperación y que habían fundado su propia comunidad utópica. Este “antiguo mito” (211) invita a creer en una gerontopía, en un momento en que la emergencia de las Casas ocultan una gerontofobia social: la necesidad de encerrar a los viejos bajo múltiples pretextos permite desentenderse fácilmente del problema que acarrea la vejez en la sociedad contemporánea.

Ernesto y su padre lo encuentran: Los Viejos Cimarrones habían tomado el prestigioso y exclusivo country Highland, transformándolo ahora en un barrio tomado, una utopía sólo para ellos. Con excepción de esta utopía mítica, el espacio de la ciudad abierta y disponible para todos conforma, en la novela de Shua, un espacio distópico, signado por guerras entre ejércitos privados que suplen el rol de un Estado ausente, y carente de naturaleza. Las meras referencias al verde que aparecen en los mapas apuntan a sustituir el despliegue real de los barrios tomados y maquillar (u ocultar) la degradación continua a la que se encuentra sujeta esta Buenos Aires posible, dividiendo el espacio urbano en territorios verdes y privativos, y espacios grises y degradados, abiertos y disponibles “democráticamente” para todos. Leído, por lo tanto, desde las demandas de justicia ambiental, el texto de Shua exhibe cómo la inequidad social, cultural y económica se corresponde con una disparidad ecológica.

En conclusión, la primera parte de este trabajo se centró en tres narrativas singulares, las que abordan tres propuestas utópicas específicas en el marco cultural y económico propio de la implementación de las políticas neoliberales en Latinoamérica. Específicamente, pude detenerme en el rol que ocupa el espacio

¹⁵ Como en *La zona*, también en los films *Una semana solos* (2007), de Celina Murga, y en *Cara de queso* (2006), de Ariel Winograd, aparece la naturaleza que caracteriza y define una de las especificidades más importantes del country. Los *travelling* aéreos que aparecen de manera repetida en esta última exponen una suerte de mapa preciso donde cada casa aparece rodeada de un jardín frondoso.

verde en estas narrativas, e indagar hasta qué punto las preocupaciones medioambientales se corresponden con los planteamientos de las utopías sociales. Pude asimismo comparar esta configuración espacial con un proyecto concreto como el de Nordelta, y demostrar su afinidad representativa con los relatos de Scliar, Piñeiro y Plá. Por último, confronté estas utopías urbanas privadas y exclusivas con la representación espacial que aparece en la novela de Shua, donde el territorio de la ciudad abierta e “inclusiva” reemerge como uno distópico, carente de naturaleza y verde, y al borde de un colapso estructural. Esta consideración última del espacio “externo” a la utopía me obliga a problematizar la viabilidad de estas propuestas utópicas en un contexto de marcada (auto)segregación y disparidad socioeconómicas.

Si Lefebvre (1968) había declarado que el derecho a la ciudad es un derecho individual a los recursos urbanos, uno que, como subraya David Harvey (2008), trata de transformar este espacio por medio del ejercicio del poder colectivo, los excluidos de estos paraísos urbanos no sólo perdieron el derecho y acceso a la ciudad, sino también perdieron el derecho y el acceso a estas propuestas utópicas y urbanas. Lo que se descarta, excluye, rechaza, deviene no sólo una prueba irrefutable de las contradicciones de un modelo económico basado en una dinámica de la inclusión/exclusión social; constituye, más aún, un fenómeno discursivo diferente, el que se opone, dramáticamente, a otras configuraciones espaciales y apuestas sociales –como las de comienzos del siglo XX–, las que consisten en un aporte fundamental para la mejora de los ciudadanos y su calidad de vida (incluyéndose en su agenda ecológica la resolución de problemas como la tala de los árboles, el hambre en el mundo, y la preservación de energía). Hacia finales del siglo XX y comienzos del XXI, este fenómeno reemerge bajo una forma inédita y completamente diferente: se trata, en síntesis, de planteos urbanos verdes y exclusivos, conceptualizados –y mercantilizados– como espacios utópicos, y donde el sueño de apertura e inclusión social quedará trunco. A pesar de ser urbanas, se caracterizan por estar relegadas a una minoría exclusiva, y por homologar naturaleza y preocupación medioambiental con aspectos estéticos y meramente rentables.

Bibliografía

- Cabrales Baraja, Luis Felipe (ed.) (2002): *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Unesco.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio (2000): *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in São Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Carman, María (2011): *Las trampas de la naturaleza: medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires: FCE; CLACSO.
- Edney, Matthew H. (2011): "Cartography Without 'Progress': Reinterpreting the Nature and Historical Development of Map Making". *Cartographica. The International Journal for Geographic Information and Geovisualization* 30 (2): 305-29.
- Harvey, David (2007): *Espacios de esperanza*. Madrid: Ediciones Akal.
- : "The Right to the City", *New Left Review* N° 53 (Septiembre-Octubre 2008), pp. 23-40.
- Heffes, Gisela (2008): *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2013): *Políticas de la destrucción / Poéticas de la conservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Lefebvre, Henri (1968): *Le droit à la ville*. Paris: Anthropos.
- Mumford, Lewis (1922): *The Story of Utopias*. New York: Boni and Liveright.
- Una semana solos*. Guión de Celina Murga y Juan Villegas. Dir. Celina Murga. Prod. Tresmilmundos Cine, 2008.
- Piñeiro, Claudia (2005): *Las viudas de los jueves*. Buenos Aires: Clarín-Alfaguara.
- La zona*. Guión de Rodrigo Plá y Laura Santullo. Dir. Rodrigo Plá, Rodrigo. Prod. Morena Films y Buenaventura Producciones, 2007.
- Quiroule, Pierre (seudónimo de Joaquín Alejo Falçonnet) (1914): *La ciudad anarquista americana*. Buenos Aires: "La Protesta".
- Rojas, Patricia (2007): *Mundo privado: historias de vida en countries, barrios y ciudades cerradas*. Buenos Aires: Planeta.
- Scliar, Moacyr (2001): "No Retiro da Figueira" (1984). En Godoy Ladeira, Julieta de (org.). *Contos brasileiros contemporâneos*. São Paulo, Brasil: Editora Moderna, pp. 47-50.
- Shua, Ana María (1997): *La muerte como efecto secundario*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Svampa, Maristella (2008): *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Vera y González, Enrique (2000): *A través del porvenir. La estrella del sur [1904]*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- Cara de queso*. Guión de Ariel Winograd. Dir. Ariel Winograd. Prod. Tresplanos Cine y Tornasol Films, 2006.